

El futuro de la iglesia latina

Dr. Justo L. González



Alianza Ministerial de Denver
Denver, CO
4 de agosto de 2012

El futuro de la iglesia latina

Saludos y bendiciones. Ante todo, permítanme decirles que es un gran placer estar aquí entre ustedes—aunque todos siempre digan lo mismo, y muchos no lo crean. Y, puesto que ese placer no radica tanto en lo que uno pueda decir como en la respuesta y diálogo con los demás, mi plan es dedicarle a mi exposición una parte del tiempo que se me concede, y reservar el resto para una conversación sobre el tema.

El tema indicado para esta mañana es “El futuro de la iglesia latina”. Sobre esto, lo primero que hay que aclarar es que no se trata del futuro último de la iglesia, del día cuando una gran multitud que nadie podrá contar elevará himnos a Dios y al Cordero. Se trata más bien del futuro en un sentido más limitado, del futuro que podemos atisbar, no mediante una visión al estilo de la de Juan en Patmos, sino sencillamente mirando al presente, viendo lo que está teniendo lugar a nuestro derredor, y de ahí proyectando el futuro que podemos esperar y hacia el cual debemos dirigirnos.

Sobre esa base, basta con mirar las estadísticas demográficas para saber que el futuro de la iglesia latina ha de ser un futuro de crecimiento. Ciertamente, una de las características de la iglesia latina es su celo evangelizador. Pero aun sin ese celo, el crecimiento de la población latina es tal que el crecimiento de la iglesia latina está prácticamente asegurado.

Es importante que entendamos esto, porque tal no es la condición de las iglesias de la cultura mayoritaria, donde frecuentemente se oyen quejas acerca de la merma de miembros, la clausura de iglesias, las crisis presupuestarias, etc.

Una consecuencia de esa disonancia entre nuestra condición y la del resto de la iglesia es que la iglesia mayoritaria tiene una necesidad urgente de preocuparse por su crecimiento. Por todas partes se producen materiales sobre el “iglecrecimiento” —materiales que todos conocemos.

Tal preocupación entre la cultura mayoritaria por el crecimiento de la iglesia se comprende y se justifica, pues sin tal crecimiento esas iglesias corren el peligro que quedar rezagadas, y venir a no ser más que pequeños grupos aferrados a las tradiciones de sus antepasados.

Pero el caso es muy diferente en la iglesia latina. La iglesia latina no necesita que le den clases sobre iglecrecimiento. La iglesia latina no necesita que le den lecciones sobre evangelización. La iglesia latina evangeliza. La iglesia latina crece. Crece como la espuma. Pero ese mismo crecimiento como la espuma tiene sus peligros, pues siempre existe la posibilidad de que, como la espuma, ese crecimiento esté falto de sustancia.

En una palabra, mientras la iglesia en la cultura mayoritaria tiene que preocuparse por cómo crecer más, la principal preocupación de la iglesia latina debería ser cómo crecer mejor. El crecimiento numérico es importante, sí; pero ese crecimiento ya lo estamos teniendo. Lo que

muchas veces nos falta es el crecimiento en el discipulado, en el desarrollo de una misión integral.

Así se produce una extraña anomalía: mientras la iglesia en la cultura mayoritaria le presta cada vez más atención al desarrollo del discipulado, y menos al crecimiento numérico, que debería ser su principal preocupación, muchas veces la iglesia latina sigue el rumbo contrario. Muchas veces se le presta tal atención al crecimiento numérico que no nos ocupamos lo suficiente del crecimiento en el discipulado, o de preparar e involucrar a todos nuestros miembros en la misión integral de la iglesia.

Si la misión consiste en crecer, no parece que haya lugar para muchas dudas respecto al futuro. Los datos del censo así lo indican. La población latina se aproxima a los 50 millones. Y lo que el censo nos dice la experiencia lo comprueba, pues en cualquier ciudad de mediano tamaño bien puede haber más de un centenar de iglesias latinas. Si la misión consiste únicamente en crecer, tenemos el futuro asegurado.

Pero si la misión es más que eso, tenemos que hacernos varias preguntas.

Tenemos que preguntarnos, ante todo, por qué es que, al tiempo que nuestras iglesias crecen, crece también el número de nuestros miembros que se muestran dispuestos a ser como nubes flotantes, llevadas por todo viento de doctrina. Por acá aparece el apóstol Fulano, diciéndoles

que si son fieles todo les va a salir bien y van a prosperar. ¡Posiblemente hasta se saquen la lotería! Y nuestra gente se va tras Fulano. Entonces aparece el profeta Mengano, diciéndoles que si cuentan los versículos del Apocalipsis, los multiplican por los de Daniel, y lo dividen todo entre los doce apóstoles, podrán saber que vamos por la sexta trompeta, y que el Señor vendrá el año que viene. Y nuestra gente se va tras Mengano. Llega entonces la profetisa Zutana, anunciándoles salud si solo tienen suficiente fe para comprar un pañuelito bendecido por ella, y frotárselo en el cuerpo. Y nuestra gente se va tras Zutana. ¡Y hay hasta quien se va tras el mesías Esperancejo, quien dice ser la encarnación del Espíritu Santo!

Esto que acabo de decir tiene algo de exageración, pero no mucho. Si no, vaya usted a la internet, y rápidamente encontrará media docena de Menganos, Fulanos, Zutanas y Esperancejos como los que acabo de describir.

A cierto nivel, todo eso da risa por ridículo y descabellado. Pero a otro nivel debería llevarnos a llorar lágrimas de amargura y a vestirnos de saco y ceniza, pues toda esa gente que se deja llevar, o que al menos se deja confundir, por todos esos Fulanos y Menganos son almas que el Señor ha puesto a nuestro cuidado. Su confusión es señal de nuestro fracaso. Su volubilidad es señal de nuestra debilidad.

Luego, al hablar de la iglesia del futuro no es cuestión de mirar bolas de cristal para predecir el futuro. Ni siquiera es cuestión de estudiar las estadísticas del censo. Es cuestión de buscar la

voluntad de Dios mediante el estudio de la Palabra, de pedir y seguir su dirección mediante la presencia del Espíritu. Lo que el censo nos dice es verdad, sí, y más adelante diré algo sobre por qué hemos de estudiarlo. Pero el censo no es solo promesa, sino que es también reto. Lo que el censo nos dice es que la oportunidad es grande. Pero ese mismo censo hemos de leerlo a la luz de aquella otra advertencia, que mucho se requerirá de quien mucho recibió. Si la iglesia latina recibe mucho gracias al crecimiento demográfico, a causa de ese mismo crecimiento también se le requerirá mucho.

¿Qué decir entonces acerca de la iglesia del futuro? Puesto que no soy profeta ni hijo de profeta, no intentaré describir lo que esa iglesia será. Más bien, me limitaré a señalar algunas de las características que me parece tal iglesia debería tener y buscar.

La primera de ellas es un entendimiento cabal de la misión de Dios. El crecimiento es parte de la misión de la iglesia. Sin tal crecimiento, la iglesia no puede cumplir su misión. Pero esa misión va mucho más allá de llenar los templos. Dios dio a su Hijo Unigénito, no solo por amor a la iglesia, sino también y sobre todo por amor al mundo. Los propósitos de Dios no se limitan a quienes estamos dentro de la iglesia, sino que se derraman hacia fuera. Y nos llaman por tanto a derramarnos también hacia fuera.

Veamos un ejemplo concreto. En muchos de nuestros barrios la única institución cuya presencia dura por años y años son las iglesias. Los negociantes vienen, sacan el dinero que pueden, y se

van. Los funcionarios públicos vienen con sus programas de bienestar social mientras haya fondos del estado, y cuando esos fondos desaparecen también ellos desaparecen. Y no hay que decir de los vendedores de drogas, los comerciantes del vicio y otras gentes por el estilo.

En todo ese maremagno de programas que vienen y que se van, de gente que viene para explotar, y hasta de otros que vienen por hacer el bien, pero no permanecen por mucho tiempo, están nuestras iglesias. Son ellas las que están ahí llueva, truene o relampaguee. Es en ellas que se forma lo mejor de nuestra juventud. Es en ellas que esos jóvenes aprenden a trabajar en comunidad, a ejercer responsabilidad.

En consecuencia, me atrevo a decir que nuestras iglesias tienen una oportunidad única para darle forma al futuro, no ya de la comunidad latina, sino de todo el país. Pero al mismo tiempo que esto ha de ser causa de regocijo, también ha de ser causa de reflexión, una vez más por aquello de que quien mucho recibió también por mucho ha de responder.

Luego, una iglesia con un entendimiento cabal de la misión de Dios es ante todo una iglesia que entiende que el llamado de Dios no es centrípeto, hacia dentro, sino también centrífugo, hacia fuera.

Entonces, como segundo elemento de mi visión de la iglesia latina del futuro, está una iglesia comprometida en un proceso de descubrir y constantemente redescubrir y redefinir lo que Dios

desea de ella. Será una iglesia dedicada al estudio bíblico—pero no al estudio bíblico por curiosidad santurrona, como si lo importante fuera saberse de memoria los nombres de los reyes de Israel, sino al estudio bíblico como modo de entender mejor la acción de Dios en el mundo y en la historia, y como modo de insertarnos dentro de esa acción. En una palabra, una iglesia que busca en la Biblia no solo información, sino también formación. Una iglesia que es bíblica no porque insiste en este o aquel detalle del texto bíblico, sino que es bíblica porque la Biblia le da su forma, porque la Biblia le señala su misión.

El tercer elemento de esa visión de la iglesia del futuro es algo más difícil. Se trata de una iglesia que, por razón de su misión, busca sobreponerse a su división. No quiero decir con eso que sea una sola iglesia, con una sola forma de gobierno y un solo jefe o cuerpo gobernante. Pero sí quiero decir que sea una iglesia en la que diferentes congregaciones, pastores y pastoras, agencias y concilios, colaboren en la misión integral de la iglesia. Digo que esto es más difícil, porque entre nuestra gente se da mucho eso de preferir ser cabeza de ratón que cola de león. Si esta ciudad es como tantas otras que conozco, supongo que los organizadores de la Alianza Ministerial tendrán dificultad en lograr la colaboración de muchos pastores y otros líderes de las iglesias. Cada uno está demasiado ocupado en lo suyo. A veces sospechamos que nos van a “robar las ovejas”.

En medio de tales divisiones, quien de veras nos roba las ovejas no son los demás pastores o las otras iglesias, sino el mismo Satanás, quien aprovecha nuestras divisiones para sus propios

fines. Por razón de nuestras divisiones se nos hace difícil hacer oír nuestra voz cuando protestamos contra las injusticias, cuando exigimos derechos para nuestra gente, y hasta cuando buscamos fondos para alguna obra de beneficencia en nuestras comunidades. En todo ello, quien sale ganando es el Maligno.

¡No! Si la iglesia latina del futuro ha de ser una iglesia obediente al mandato de Dios, será una iglesia unida, una iglesia en la que el amor fraternal se sobreponga a los recelos teológicos y denominacionales, una iglesia en la que la misión se sobreponga a la división. Esto sucede cuando nos vemos abocados a una crisis, como sucedió recientemente aquí mismo en Denver, y las iglesias se unieron para ministrarle a toda una ciudad agobiada por la tragedia.

En cuarto lugar, esa iglesia latina del futuro será una iglesia consciente de sus conexiones con el resto de la iglesia tanto en el espacio como en el tiempo. La iglesia latina es parte de una iglesia mucho más grande, de una multitud tan grande que nadie podría contarla, de gente de todo pueblo, y lengua, y tribu y nación. Hoy mismo, en todas las las regiones del globo, hay quienes, sin siquiera saber que existimos, son nuestros hermanos y hermanas en la fe. Muchos adoran de maneras diferentes a las nuestras, pero no por eso dejan de ser nuestra familia. Muchos tienen prácticas que podrían parecernos extrañas, pero con todo y eso siguen siendo familia. Con muchos de ellos no concordaremos en muchas cosas, pero siguen siendo familia. Y a la familia hay que tenerla siempre en cuenta. Quizá no me guste mi tío Pedro, pero sigue siendo mi tío, y como tal he de respetarle y de amarlo.

Y lo mismo respecto al tiempo. La iglesia de Jesucristo no es invención de ayer. La Biblia no nos ha llegado caída del cielo, sino copiada y recopiada por centenares de monjes con cuya teología no concordaríamos, pero quienes a pesar de ello son nuestras hermanas a través de quienes la Biblia nos ha llegado. Tampoco nos llegó en español, sino gracias a los estudios, los conocimientos y los esfuerzos de otra gran multitud de personas.

Luego, cuando en mi iglesia o en mi cámara abro la Biblia, por muy solo que parezca estar, no lo estoy, sino que me rodea toda esa CR inmensa nube de testigos.

Esto es importante porque sin esa visión la iglesia latina no será sino una secta—o mejor, una serie de sectas. Lo que hace que un grupo sea sectano no es su tamaño. No es el prestigio que la sociedad le dé. No son los edificios que tenga. Lo que hace que un grupo sea secta es imaginarse que es el todo, cuando en realidad no es sino una parte de ese todo. En ese sentido, cualquier iglesia, por grande que sea, por muchos millones de miembros que tenga, si se imagina que es la única iglesia verdadera, la totalidad del cuerpo de Cristo, no es sino una secta más.

Si la iglesia latina se olvida del resto de la familia de Dios—de esa familia que incluye a nuestros antepasados desde tiempos remotos, y también a nuestros contemporáneos en lugares igualmente remotos—si la iglesia latina, repito, se olvida del resto de la familia de Dios, podrá llegar a ser muy numerosa, podrá alcanzar mucho prestigio, podrá construir grandes templos,

pero con todo y eso no será sino una secta más. O, peor todavía, una serie de sectas inconexas.

Pero volvamos a nuestra visión del futuro de la iglesia latina—una iglesia (1) conocedora de su misión, una iglesia (2) que constantemente busca la voluntad de Dios, una iglesia (3) unida, en la que la misión se sobrepone a la división, y una iglesia (4) conectada con el resto del cuerpo de Cristo a través de toda la historia y de toda la geografía. Dicho todo eso, falta todavía un elemento de suma importancia: ¿qué hemos de hacer para llegar a ese punto?

Es aquí que la educación teológica cobra especial importancia. No me refiero a la “educación teológica” solamente en el sentido de la educación que se dedica a preparar pastores y pastoras. Me refiero a la educación teológica en el sentido más amplio, como la educación de todo el pueblo de Dios para capacitarle para su misión en el mundo. La educación teológica no ha de ser privilegio de los pastores y pastoras, sino que es derecho de toda la iglesia. El educarse bíblica y teológicamente es llamado y obligación de todo creyente. Y el educar a todo creyente bíblica y teológicamente es llamado y obligación de la iglesia y de sus líderes.

Si el tiempo lo permitiera, contaría cómo se practicaba esa educación teológica en la iglesia antigua; pero eso tendrá que ser tema para otro día. Lo que sí es necesario señalar es que en aquella iglesia se le prestaba enorme atención a la preparación de todo candidato al bautismo, y que en ella buena parte del culto se dedicaba a la educación, tanto mediante la palabra como mediante la acción y el símbolo.

Pero, puesto que el tiempo apremia, y lo que más me interesa es tener oportunidad para intercambio de ideas, preguntas, respuestas y discusión, me limito a señalar que tal ha sido desde el principio la visión de la Asociación para la Educación Teológica Hispana: Una educación seria, sobre sólidas bases bíblicas, teológicas, históricas y pastorales. Pero al mismo tiempo una educación que no sea elitista, sino que esté al alcance de todos. Una educación que no se dedique a enseñar para dar muestras de lo mucho que se sabe, sino para capacitar al pueblo de Dios para la misión que Dios le ha encomendado. Una educación que prepare a la iglesia y a cada creyente precisamente para el tema que hoy nos ocupa, el futuro de la iglesia. Y sobre todo una educación que nos ayude a conocer, a amar y a servir a ese Dios que nos espera ya desde el futuro que nos tiene prometido.

¡Así sea!

